

Pasión por la armonía

Claudia Guillén

Desde que recuerdo, la música me ha acompañado. Cuando era niña me despertaba e iba corriendo a la habitación de mi padre, quien, paciente, me recibía con una sonrisa mientras releía alguno de sus libros de cabecera escuchando las piezas transmitidas por Radio Universidad. La fórmula se repetía día con día, hasta que despertó en mí la curiosidad por la lectura y la costumbre de escuchar a diario la música clásica que emanaba de aquel radio. Una mañana de tantas, mi padre me contó que estaba leyendo a uno de los mejores escritores del siglo xx, Premio Nobel de literatura, quien había escrito un libro titulado *Juan Cristóbal*. Se trataba de la biografía de un gran músico, Ludwig van Beethoven. Roman Roland había llevado a las páginas, a manera de ficción, la vida de este autor y la complejidad que en ella se enterañaba. *Juan Cristóbal* no fue sólo para don Fedro un libro fundamental, sino también para muchos escritores de la época. Era la existencia de un músico que, por su prodigioso talento, se prestaba para elaborar una narración llena de belleza y, por supuesto, propiciaba una historia que bien parecía provenir del imaginario del autor francés, pero que en realidad se basaba en la vida del compositor vienés.

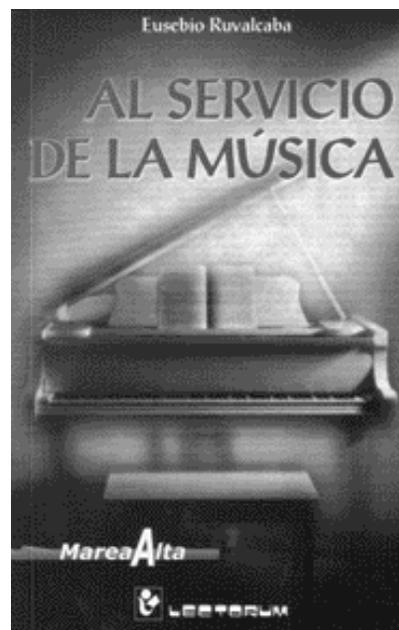
Eusebio Ruvalcaba estableció un vínculo indisoluble con la música también a través de su padre, Higinio Ruvalcaba, primer violín del Cuarteto Lener, así como de su madre, también dedicada a la más abstracta de las bellas artes. Esta relación se fue moldeando desde temprana edad, hasta convertirse en una pasión que Ruvalcaba no abandona; por el contrario, la ha padecido con especial devoción a lo largo de su vida. Prueba de ello es su nuevo volumen, *Al servicio de la música*, editado por Lectorum, que el escritor jalisciense dio a la luz hace algunos meses.

Ruvalcaba ha sido un autor prolífico. Sus incursiones tanto en la novela como en el cuento, el ensayo, la poesía y la dramaturgia lo convierten en uno de nuestros principales polígrafos. Su obra es el testimonio de un escritor inquieto y consolidado que muestra, entrega tras entrega, una inusual destreza para abordar temas que atraen la atención de los más variados tipos de lectores a causa de su calidad literaria, y este nuevo libro de cuentos no es la excepción; por el contrario, lo reafirma aún más en su posición.

Al servicio de la música inicia con una introducción donde el autor explica sus nexos con la música y cómo ésta es superior a todas las otras artes, incluso a la literatura. En esas páginas iniciales Ruvalcaba enfatiza que el músico y el escritor parecen estar hechos de materias distintas. A cada uno le corresponde un lugar diferente. Sin embargo, el compositor está moldeado de una forma superior, según nos dice el autor. Tras estas palabras preliminares, el volumen se divide en tres capítulos que agrupan los veintinueve cuentos totales, y entramos de lleno en las historias que asedian la música y a quienes la hacen, ya sean compositores, amanuenses o intérpretes.

La división de los capítulos nos permite, en el primero, conocer a los autores del pasado; el segundo aborda las historias de músicos del siglo xx; en el tercero, todas las narraciones se desarrollan en México. Así, el cuento que abre el libro es “Opus 131”, donde Ruvalcaba nos narra cómo Beethoven, a pesar de su carácter huracán, busca a un poderoso hombre para que ayude a su sobrino a entrar al ejército, ofreciéndole a cambio inmortalizarlo dedicándole su *Opus 131*.

A “Opus 131” le siguen relatos que se unen por su voluntad de establecer un homenaje de grandes a grandes, como es



el caso de “Un ejecutante en la intimidad”, que plantea la amistad de Beethoven con Schubert a través de la mirada del segundo, quien observa entre ellos las diferencias de la vida cotidiana. El cáncer que aqueja a Schubert lo lleva a meditar sobre estas cosas, y a confirmar la profunda admiración que siente por su amigo. “El ángel guardián” narra la agonía de Chopin y cómo en ella el gran compositor polaco encuentra el recuerdo de su amigo Mendelssohn poco antes de que éste muriera. La evocación de ese encuentro le permite sentir a Chopin que ha alcanzado la paz para morir tranquilo. En este relato Ruvalcaba hace gala de su oficio y nos muestra atmósferas cargadas por los objetos que pueblan el espacio, pero también por las emociones.

Son muchos los artistas que recorren estas páginas, pero se advierte que para el autor de *Un hilito de sangre* Juan Sebastián

Bach es una presencia imprescindible para la música en general, pues aparece en la vida de los más grandes artistas que también escribieron música, como podemos observar en el cuento titulado “Los primeros rayos del sol absoluto”, que plasma la profunda devoción de Mendelssohn por Bach, devoción que este compositor adopta como una misión de vida. O bien “Dolor, Dolor”, que relata la admiración de Schumann por Bach, que lo lleva a imaginarlo en el escenario de su casa y su cotidianidad. La inspiración musical cuya génesis es la mujer también constituye un motivo para desatar algunas de las narraciones de Ruvalcaba. Éste es el caso de “Un domingo como cualquier otro”, donde vemos cómo la profunda belleza de una dama mueve a Brahms a componer. O en “La llama interior”, donde César Franck padece y disfruta el mismo motivo de inspiración. Quizás uno de mis cuentos favoritos de *Al servicio de la música* sea “Un soplo de fuego”, porque en él Ruvalcaba se permite ser un narrador discreto, pero eficaz, que nos transporta por los caminos de la complejidad que observaba Mussorgsky en el mundo, y que lo llevó a la decadencia después de una pérdida amorosa.

En el segundo apartado seguimos observando autores musicales, pero ahora desde un punto de vista contemporáneo. El tono de la narración cambia y, por supuesto, también hay una transformación de las atmósferas, sin menoscabo de su calidad, para que nos adentremos en pleno siglo xx a través de “Ervin Nyiregyhazi”. Espléndido relato donde el autor plantea el vínculo que desde muy pequeño tuvo Nyiregyhazi con las ratas, y cómo de ser un músico genial entra en una fran-

ca decadencia. Aquí el autor nos relata los temores del artista que sueña con sus propios infiernos. Este segundo apartado también toca el tema de los amanuenses. En “Dos ancianas desdentadas que muerden la angustia” Ruvalcaba nos adentra en el complejo mundo del laudero Emilio Rodríguez, prestigioso por su forma de crear los instrumentos. Plantea la relación que este amanuense tiene con los instrumentos y cada una de sus partes y, cómo se complementa con su relación de pareja, para tornarse en eje de los sentimientos suyos y de su esposa. El cuento que cierra este apartado es “Pasión por la música”. En él los lectores nos encontramos con la figura de Alejo Carpentier, quien ejerció en sus textos literarios una fuerza proveniente del gran placer que le provocaba la música —un ejemplo es su libro *Este músico que llevo dentro*. Acaso en esta narración Ruvalcaba pudo explayar todos los sentimientos que también a él le ha despertado “la más grande de las artes”.

“Una tarde de cuarteto” es el segundo relato del tercer apartado. En él, el autor de *Música de cortesanas* se permite un relato autobiográfico. Es decir, Ruvalcaba nos traslada a la época en que don Higinio ensayaba con el cuarteto y él, siendo un niño, contemplaba y escuchaba como espectador, deslumbrado ante tal experiencia y ante la figura grandiosa de su padre. “Sangre de violinista” es un texto que cuenta con todo lo necesario para ser “grande”: el manejo de los recursos tanto de atmósfera, como de tensión y de historia hacen de estas páginas unas de las mejores del libro. La decadencia —una constante en la mayoría de los personajes que transitan por estos relatos—, esta vez de una violinista, es mostrada de una

forma sutil, casi hermosa. El último apartado cierra con un sentido homenaje a la música, como ha venido realizando el autor a lo largo de todo el volumen, pero también a la amistad. Se trata de “La muerte de un melómano”, donde Ruvalcaba comparte con sus lectores la relación que sostuvo, a través de la pasión de ambos por la música, con el escritor Emmanuel Estrella, quien tiempo después se perdió en sus propios abismos. Por último, en “Éste soy yo” el autor expone una lista de las cien obras musicales que le han provocado el placer artístico más profundo y, por lo tanto, conforman también su manera de entender la vida, o por lo menos de gozarla.

Como lo mencioné líneas arriba, Eusebio Ruvalcaba es un autor probado —*Al servicio de la música* sería tan sólo una prueba más de su solidez como narrador y su fuerza como artista y hombre de pensamiento—, y sobre todo un escritor que nunca deja de enfocar las luces de su escritura sobre la esencia de sus pasiones. Tras la lectura de estos relatos musicales, o melodías literarias, o notas narrativas, podemos darnos cuenta de que, sin lugar a dudas, don Higinio sabía lo que hacía al mostrarle a su hijo esa belleza intangible —“misteriosa forma del tiempo”, decía Jorge Luis Borges— que es la música, al inculcarle la pasión por la armonía. Lo que quizá nunca supo el gran violinista mexicano es que su hijo nos mostraría esa misma pasión por la belleza a través de una prosa limpia, directa, bella y contundente. **U**

Eusebio Ruvalcaba, *Al servicio de la música*, Lectorum, México, 2007, 190 pp.

Ruvalcaba nos adentra en el complejo mundo del laudero Emilio Rodríguez, prestigioso por su forma de crear los instrumentos.